

Desde Madrid se escucha el mar

Claudia se había levantado al oír el sonido del teléfono, situado en una mesita baja, al lado mismo de la butaca preferida por su abuelo para ver la televisión. Lo había hecho con tal rapidez que a su abuelo Enrique ni siquiera le dio tiempo de hacer el giro previo de la cabeza al que podemos suponer seguiría el levantamiento y avance de una o dos de sus manos para descolgar el auricular.

- Diga..., inquirió Claudia. Ah, es usted, Isabel...Sí, sí... Ya me lo imagino, si estamos todos igual...Claro, claro que puede venir a casa. Aquí la esperamos. Hasta ahora.

Isabel, una señora mayor que vivía desde hace años en el piso de abajo, necesitaba más que nunca hablar con alguien, poder desahogarse tras el estado de alarma decretado por el gobierno. No le había dado tiempo a irse, con sus hijos y sus nietos, a su Extremadura querida, como ella siempre decía.

No le importaba venir a mi casa, ni siquiera aquella noche en que llamaba a mi puerta. Por las persianas apenas entraba un haz de luz, pero cualquiera que le hubiese prestado la más mínima atención habría visto unas facciones coloreadas, resaltadas por los deseos incontenibles de poder hablar con alguien. Sin embargo, el hoyuelo de su barbilla no lucía tan airado y entonaba con sus ojos la duda de mostrar algo próximo a una voz de ayuda.

En mi viejo sofá, Isabel buscaba esa familiaridad a la que estaba acostumbrada desde siempre. Bebió un sorbito de su menta poleo; en la taza sus dedos entrelazados. Sabía que necesitaba sentirse escuchada, por ello que los silencios se solaparan tanto, que también lo hiciera su aroma con el de la infusión. Estaba sentada a su lado; mi abuelo se había ido a dormir hace ya un buen rato. Bajo el peso de la lámpara, su rostro parecía todavía más apesadumbrado y bello, curtido por la experiencia y las arrugas, que demostraban que había vivido de verdad.

- Ay, Claudia, cuánto echo de menos ver a mis nietos. Si vieras lo guapa que está Ana. Ha crecido muchísimo. Me la enseñan todos los días, como si la viera en persona. Qué inventos, eh. Desde la pantalla del móvil me lanza besos y me dice que me quiere mucho .

En los ojos de Isabel se vislumbraba la emoción contenida. Una gota atrevida se deslizó, inocente, tímida, por su cara.

- Y cuando pase todo esto, Claudia, lo primero que haré es coger el tren para ir al pueblo. Ay, lo que lo echo de menos, hija. Estar con mis vecinos, sentada en mi silla de mimbre, charlando de todo y riéndonos a carcajadas de los chismes de cada día. Pero Claudia, una cosa te digo, de todo lo malo

siempre se saca algo bueno, eh. Este silencio es bello, si hasta desde Madrid se puede escuchar el mar...

- ¿Te imaginas, Claudia, cómo será la primera vez?

- ¿La primera vez?- repetí yo.

- Sí, Claudia. La primera vez en que abras de nuevo a tu familia. El primer brindis con tus amigos. El primer viaje que hagas. La primera vez que regreses a ese sitio que tanto te gusta. El primer paseo por tu ciudad. El primer día que vuelvas a tu trabajo. La primera noche que salgas a cenar con tu pareja. La primera persona a la que veas. Me pongo nerviosa solo con pensarlo. Qué bonito será vivir esas primeras veces de nuevo, ¿verdad?

Finalizamos la conversación y se dio paso a un espeso silencio, roto únicamente por el sordo arrastrar de las alpargatas de Isabel, que se marchaba ya a su casa.

No sé si yo ayudé a Isabel o fue ella la que vino hasta mi casa a propagar ese olor salobre y libre de las olas del mar.

Miriam CM